SOLEDAD

María llegó a su casa como alma que lleva el diablo. Echó todas las cerraduras y respiró profundamente. Corrió las cortinas después de cerrar las ventanas.

Había sido un día muy complicado. Por la mañana temprano había preparado la maleta y el maletín de su marido, Jorge, éste se marchaba a Suiza a un congreso con sus compañeros oncólogos.

Después las mochilas de las niñas. Las gemelas, sus hijas, se iban de excursión durante una semana dejándola sola.

Era septiembre, pero parecía una tarde de invierno, pues en un momento había cambiado el tiempo. Aparecieron, de repente, unos nubarrones del infierno y una niebla que penetraba en los sentidos, embotándolos.

Se sentó en el sofá y fue a poner la televisión pero no funcionaba. Se levantó para encender la luz y se percató de que estaba cortada y en su mente no paraba de dar vueltas la idea de que debería haberse ido a dormir a casa de su amiga Isabel.

De pronto, un rayo ilumina la estancia y le pareció ver una sombra, se sentó y se acurrucó en el asiento. Pensó en ponerse un café, pero se quedó dormida sin darse cuenta.

De repente, sonó el teléfono, se levantó deprisa por si era su marido o sus hijas. Cogió el teléfono y saludó, pero no le contestó nadie, solo sentía una respiración fuerte y agitada que le dijo: “Sé que estás sola”. Colgó el teléfono y corrió al sofá. Se acurrucó y sintió un roce gélido en su mano, sentía cada vez más frío.

Y comenzaron los truenos y los rayos, y más truenos y más rayos, y visiones que empezaron a atormentarla. Se aferró a los cojines con todas sus fuerzas, tanto que se le rompieron las uñas. Estaba temblando y no era de frío, sino de miedo, de un pánico irracional que la estaba dominando. La oscuridad fue ganando terreno hasta un negro absoluto.

Jorge llegó al hospital y al ver al doctor García corrió hacia él y le agarró por los hombros rogándole, pidiéndole explicaciones, necesitaba saber que le había pasado a su esposa, necesitaba ver a la mujer de su vida.

Ante la insistencia el doctor le aconsejó: “Jorge, está completamente desfigurada, tiene los ojos fuera de las órbitas, el pelo blanco y las manos completamente amoratadas y en los huesos. Será mejor que te quedes con el recuerdo que tenías de ella”.

La autopsia reveló que María había muerto por una insuficiencia cardiaca a causa del miedo.

En esos momentos, en la televisión aparecía una noticia anunciando los cortes de la noche anterior en el suministro eléctrico y telefónico que dejó en penumbras a toda la ciudad.

Elena María Mijes Torres